

Hispanismo, historia e identidades colectivas

Hispanic studies, history and group identities

Hispanismo, história e identidades coletivas

Carlos Espinosa

Universidad San Francisco de Quito (USFQ)

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i49.740>

Guillermo Bustos ha escrito un excelente libro, *El culto a la nación...*, que explora las conexiones entre el hispanismo, el nacimiento de la disciplina de la historia en Ecuador y la disputa por la identidad nacional en este país entre 1890 y 1940. Es una obra en la que se cruza la historia de los saberes con la de identidades colectivas y en menor grado con la historia política.

Los aportes relevantes del libro incluyen una investigación innovadora sobre las bases conceptuales, institucionales y políticas de la historiografía ecuatoriana; la demostración de que la historiografía académica en Ecuador nació bajo un signo hispanista y se organizó bajo el modelo de las academias españolas de la época; y el haber explorado como esta historiografía hispanista incidió en la disputa por la identidad nacional ecuatoriana.

Otras virtudes del libro incluyen sus diálogos con corrientes teóricas globales. Estos incluyen con los teóricos de los estudios de la memoria como Pierre Nora, con la literatura en torno a la formación y funcionamiento de la disciplina histórica asociada a Michel de Certeau y con las discusiones sobre el carácter excluyente o incluyente de la memoria nacional de la escuela subalterna de la India. En general, este diálogo teórico transnacional se logra sin sacrificar el acercamiento a las fuentes primarias o a las dinámicas locales, lo cual es loable en una época de sobre-teorización de la historia. Me sorprendió ver, entre las extensas referencias teóricas e historiográficas transnacionales, un artículo sobre la identidad de Polonia como el “Cristo de las Naciones”, un referente comparativo para la república católica ecuatoriana, que yo he estado considerando recientemente.

En lugar de ahondar en el merecido elogio, quisiera plantear algunas reflexiones suscitadas por el libro, que en algunos casos apuntan a omisiones en el mismo.

Primero, este lector extrañó una genealogía de la visión conservadora de la historia que se remontara a las décadas anteriores a las investigaciones históricas de Federico González Suárez. El libro atribuye el giro historiográfico hispanista de González Suárez a su confrontación con la historiografía liberal del siglo XIX, especialmente la obra de Pedro Fermín Cevallos, pero no explora las continuidades o discontinuidades con la memoria elaborada por los conservadores en el período de García Moreno o en los primeros años del progresismo. Me llamó la atención, leyendo el libro de Bustos, cuán innovador era el relato de González Suárez en relación con las visiones anteriores del pasado manejadas por el campo conservador. García Moreno y su círculo, para empezar, estaban muy lejos del hispanismo. Miraban, como se quejó amargamente el norteamericano Frederick Hassaurek, hacia París como centro cultural y celebraban la pertenencia del Ecuador a la “raza latina”, esa construcción identitaria de la política exterior del Segundo Imperio francés. Así, para García Moreno lo único rescatable de la tradición hispana era la religión católica, “la religión de nuestros mayores”, que en todo caso debía ser fuertemente depurada. Por ello la reforma profunda de la Iglesia y la preferencia por la arquitectura sacra gótica inspirada en la remodelación romántica de Notre Dame y el desprecio por la herencia barroca. En otras palabras, la república católica no era hispanista, lo que contradice la articulación entre catolicismo e hispanismo que Bustos considera automática. Se podría pensar que Juan León Mera sí era hispanista. No obstante, recordemos que la novela *Cumandá* (1879) abre con una denuncia de la conflictividad racial exhibida en la rebelión indígena de 1802, heridas coloniales que solo el catolicismo de la república logra sanar a través de la reconciliación mutua.

Es dramático, en otras palabras, el contraste entre la memoria, sin duda difusa, precisamente por la falta de interés en la Colonia, elaborada en la época de García Moreno, y la historiografía hispanista de González Suárez. La brecha entre estas dos miradas hacia el pasado refuerza, a su vez, el imperativo de una explicación de ¿qué provocó el giro hacia el hispanismo y la nacionalización del pasado colonial en la década de 1890? Bustos atribuye el giro hispanista a la guerra entre EE. UU. y España de 1898 y la crisis de consciencia que esta provocó en España –una explicación poco original–. No obstante, Federico González Suárez formó su visión histórica antes de la coyuntura de 1898, así que esa no puede ser la razón. Tampoco creo que lo que produjo el giro hispanista en la memoria conservadora haya sido la simple rivalidad con un historiador liberal mediocre como era Cevallos, que escribió veinte años antes. Si hubiera existido una dinámica de diferenciación de las narrativas históricas

entre los bandos políticos, seguramente Juan León Mera habría respondido a Cevallos inmediatamente con el rescate de la época colonial. En línea con la historia transnacional, habría que indagar en el impacto de la Tercera República francesa, orientada hacia el laicismo radical, en las lealtades internacionales de los conservadores ecuatorianos. La francofilia de la raza latina no era una opción para los conservadores en un momento en que la Tercera República avanzaba en su proyecto de secularización y separación del Estado y la Iglesia, acaso el modelo para la legislación liberal anticlerical ecuatoriana de 1905. De hecho, la lectura de la biografía de García Moreno de Augustin Berthe, que es a la vez una mordaz crítica a la Tercera República, sin duda alertó a los conservadores ecuatorianos de que Francia estaba lejos de ser en esa coyuntura la hija predilecta de la Iglesia.

Segundo, habría sido interesante explorar otras formas de memoria conservadora y otras fuentes para la memoria histórica conservadora en el período que interesa a Bustos, 1890-1945. Los conservadores que Bustos estudia no solo participaron en diálogos con el hispanismo de la Regeneración española de la vuelta del siglo, sino también con el catolicismo social paneuropeo y con las corrientes corporativistas también paneuropeas, como el pensamiento de *Action Française* y de los corporativistas austriacos y alemanes. Se trataba de una generación de intelectuales, sin duda, tan globalizada como la nuestra. Julio Tobar Donoso, por ejemplo, no solo estaba pensando en la trayectoria histórica ecuatoriana y los orígenes coloniales de la nación. Era un neo-medievalista que quería restaurar las corporaciones de la Edad Media europea a través de los sindicatos y asociaciones promovidas por el catolicismo político transnacional. Estos serían los fundamentos para una sociedad industrial armónica producto del descenso a la tierra de Cristo Rey, una utopía a la vez futurista, apocalíptica y sustentada en un pasado remoto, ambigüedades en el régimen de historicidad que Bustos no explora. Jacinto Jijón y Caamaño, asimismo, se interesó por el cabildo hispánico en el contexto del debate paneuropeo sobre el modelo político que debía reemplazar a un liberalismo visto como obsoleto. El cabildo, como se ve de manera muy clara en la obra de Remigio Crespo Toral, era apenas un eslabón de una escalonada sociedad corporativa modelada sobre todo en las teorías proto-fascistas del francés Charles Maurras. Los eslabones de la sociedad corporativista iban desde la familia a un Estado que amparaba la multiplicidad de asociaciones históricas y naturales. Me parece que es solo con la Guerra Civil española que estas vertientes conservadoras –corporativismo y neo-medievalismo– se condensan en un hispanismo entusiasta y fascistoide, que durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra inmediata abanderó ARNE, bajo el liderazgo de Jorge Luna Yepes.

Tercero, no solo era necesaria una mayor inmersión en la política transnacional católica de los autores mencionados, sino también una mayor re-

flexión sobre la disputa entre hispanistas conservadores e indigenistas. Bustos plantea una victoria casi total del campo conservador en la historiografía y una virtual identificación de historiografía con conservadurismo. Pero no se trataba más bien de una fuerte disputa en torno a la memoria y la identidad entre hispanistas e indigenistas, que compartían la maniobra epistemológica y política de una nacionalización de un pasado remoto, en un caso la Conquista y en el otro la época prehispánica. Finalmente, se impuso la liberal-socialista Casa de la Cultura, que, sin embargo, evidenciaba una fuerte preferencia por la invocación literaria o plástica del pasado frente a los rigores de la disciplina histórica. La Gloriosa (1944), sin duda, intervino en este giro, aunque el triunfo de la memoria liberal socialista a nivel nacional era la culminación de casi dos décadas de disputa. En fin, ambos eran proyectos identitarios de nacionalización de las masas, pero el liberal-socialista tenía la ventaja de ser más incluyente que el hispanista.

Cuatro, era necesario que el libro ahondara en la distinción teórica y fáctica entre memoria e historia. Para Bustos son términos reversibles, lo que es muy discutible. La memoria que se elaboraba en las conmemoraciones en las primeras décadas del siglo XX siempre seguía fielmente los guiones hispanistas de la academia. No hay espacio en el análisis de Bustos para una fuerte disputa entre memoria ritual y oral, siempre más cercanas a los intereses populares y marcadas por el disenso que la historia escritural.

Y, por último, al igual que inicié el libro contemplando el contraste entre el hispanismo de Federico González Suárez y la identidad francófila de la generación de García Moreno, lo cerré preguntándome en qué momento y por qué la historiografía y no solo la memoria volvió a ser monopolio liberal o por lo menos de una izquierda que se reclamaba heredera del liberalismo alfarista. ¿Qué ocurrió entre Jijón y Caamaño y la *Nueva Historia del Ecuador*? La respuesta claramente es la meta-narrativa histórica de la teoría de la dependencia, que combinaba un aura nacionalista con un prestigio a la vez tecnocrático y revolucionario, pero habría sido interesante desarrollarlo. Y también me pregunté, después de leer el largo recorrido de Bustos por los orígenes de la historiografía ecuatoriana, ¿qué hizo posible que el más capaz representante de esa corriente ochentera, la de la *Nueva Historia*, con su celebración de la conflictividad social y la agencia popular, realizara a principios del nuevo milenio un balance equilibrado y a momentos incluso celebratorio de los orígenes conservadores de la historiografía ecuatoriana? Este último interrogante habría llevado al autor de *El culto a la nación...* a explorar su propio lugar de enunciación y cómo se fue redefiniendo este, con el fin de la Guerra Fría, no solo entre izquierda y derecha, sino finalmente entre liberalismo y conservadurismo, y una nueva y definitiva ola de profesionalización de nuestra poco entendida profesión, que la apartó de su conexión directa con las luchas políticas.